

# El sueño romántico de Europa

A Lucio Godi, nella vicina lontananza

## 1. De la diseminación de Europa

**S**on las cinco de la tarde del 1 de enero de 1993 en una gélida Praga, envuelta en un sudario blanco que parece, paradójicamente, proteger a la ciudad de la irrupción de una noche sin luminarias. Sin referencias. En el interior de la esbelta catedral de San Vito, en el centro de Hradcany, se celebra una ceremonia solemne: nace la república checa. Los padres levantan a sus hijos en volandas para que graben en su memoria ese momento. Nadie, con todo, está alegre. En los rostros, tensa expectación. Las graves palabras de Vaclav Havel parecen acentuar la impresión de que se tratara, más bien, de un *requiem*, y no de un jubiloso *te Deum*. Asistimos a la descomposición de unos miembros trabajosamente anudados hace 75 años, en el Tratado de Versalles. Checoslovaquia se ha roto. Ahora crece el temor de que Eslovaquia, pobre y aislada, proyecte sus frustraciones contra las minorías étnicas (húngaros, gitanos) que se agolpan en los márgenes del territorio oficialmente determinado: cientos de miles de posibles desplazados del lugar en que están sus iglesias y cementerios: sus dioses, sus santos y sus muertos.

Unos cientos de kilómetros al sur, en otros desdichados *membra disjecta* del imperio austrohúngaro, se destruye laboriosamente toda esperanza de convivencia futura. Sobre las ruinas del sueño de una comunidad internacional basada en la fraternidad obrera, sin clases ni fronteras, se agitan como espantajos los viejos espectros de las razas, de la disparidad de lenguas y religiones.

Y sin embargo, ese mismo día se han levantado —¿para siempre?— las fronteras que separaban a los estados de la Comunidad Europea. Un levanta-

En página anterior: Berlín, 9 de noviembre de 1989, la caída del muro.

tamiento que contribuye, paradójicamente, a realzar las diferencias culturales, lingüísticas, históricas. Dentro de ese gigantesco marco no cabe ya la beata satisfacción de que la sonrisa del vecino de compartimento se abra en la flor de palabras comunes, compartidas. El otro está ya en el interior. En la estación berlinesa del *Zoologischer Garten* unos ateridos vendedores ofrecen cigarrillos americanos a mitad de precio. Las palabras que cruzan entre sí delatan una vieja *koinonía* latina. Son rumanos. En la Puerta de Brandemburgo, ahora felizmente transitable (no sin estremecimientos), refugiados o rezagados rusos ofrecen en vano exiguas mercancías, irrisorias reliquias del antiguo miedo: gorros de piel del ejército soviético, insignias, catalejos.

Europa: una extensa piel tachonada de «manchas» inasimilables. Entre la diseminación y la recomposición, ¿qué puede significar, hoy, la «conciencia europea»? ¿Es posible seguir hablando sin pudor de la historia de Europa, como si los diversos tiempos de las gentes que la cruzan pudieran aunarse sin sangre ni violencia en el tiempo, un tiempo ya pensado como acabado y cumplido? Irrisión de la ideología del fin de la historia. Irrisión del sueño de la capitalidad de los espacios centrados en un solo espacio: el capital de la capital. *Caput mundi*. Europa como avanzada, como vanguardia. Imposible hablar hoy de ello sin sentir una suerte de náusea.

La Europa decimonónica, cosmopolita a fuerza de reducir el cosmos a una *scala aurea* medida por la estrella de un centro que conjuntara fuerza y saber, se ha desvanecido. En verdad, nunca existió. Sólo hubo centros, ejes, polos de atracción y repulsión entre los que se desgarraron tierras y hombres. Hoy se produce, más bien, un fenómeno de *implosión*: el mundo variopinto, caótico, está ya en Europa. Es Europa: Europa es el magrebí de Getafe, el campesino musulmán de Kósovo, el pakistani que regenta una hermosa lavandería de Liverpool, el japonés que dirige sus negocios de informática desde Düsseldorf. No es que Europa deba abrirse —por no se sabe qué esfuerzos de solidaridad y tolerancia— a lo extraño y ajeno. Es que ella es ya, irremisiblemente, el *tópos* común de lo extraño: el lugar (llanura platónica de la verdad) en el que lo extraño sale a la luz como extraño. Éste es el duro aprendizaje del europeo, hoy: *aprender a ser extranjero en la patria*. Europa: marcas de la *Heimatlosigkeit*. Territorio en el que se cumple la extrañeza del hombre respecto a la naturaleza y, por ende, respecto a sí mismo. *Omnitudo negationum*: espacio de huellas que difieren. Terreno del mestizaje.

Desde los griegos venimos dándole vueltas, trabajosamente, al arduo problema del *unum/multiplex*: identidad y diferencia. Como si fueran dos extremos, siendo lo deseable la fusión del uno en el otro. O bien el nihilismo de la uniformidad, de la geométrica compartimentación (el sueño de Mies van der Rohe es la pesadilla de la antigua Karl-Marx-Allee, en el Berlín

Este, con sus edificios-colmena), o bien la desintegración cantonalista: desprecio y odio al vecino, al próximo.

Sin embargo, hora es ya de que paremos mientes no en lo que reúne, por un lado, y en lo que disgrega, por otro, sino en la *conjunción* de reunión y separación. Sólo lo disperso es susceptible de reunión: lo fragmentario que muestra en su unión, *simbólicamente*, la huella de una unidad que nunca tuvo lugar: la huella de una unidad *futura*. Y sólo lo aunado es susceptible de separación: lo unitario que muestra en sus enlaces, *críticamente*, la promesa de una escisión que resta, pendiente: la promesa de una separación *pasada*.

*Europa* (ἑὺ, ποπη): peso que descende, declive, mas también momento crítico, decisivo. Báscula del instante. Quizás en ella pensaba el judío errante y cosmopolita, alemán de Praga, enterrado en Suiza, ojo del vértigo del Tajo de Ronda y de la calma estepa rusa, cuando cerraba así sus *Elegías de Duino*:

Y nosotros, pensando en la dicha *ascendente*,  
sentiríamos la conmoción,  
que casi nos trastorna,  
cuando algo dichoso *cae*<sup>1</sup>.

Europa, parábola de la caída. Vuelo azaroso de Occidente. Y nosotros, oscilando bajo la presión fuerte (εὐροπὸν) del pensamiento que asciende y del sentimiento que precipita, que hace bajar la cabeza. Entiéndase bien: no se trata de pasar (paso maniaco-depresivo propio de la metafísica) del pensamiento al sentimiento, del vuelo libre a la caída, al pecado, sino de comprender —de *concebir*, hegelianamente— que lo uno anida ya (ya, de siempre) en lo otro, como su negación y mala entraña: que la raíz del pensamiento es el sentimiento que trastorna y precipita; que sólo hay, sólo *se da* el pliegue. Que caos sólo cabe en cosmos y, así, se conforma. Tal, la mirada *romántica*. Por ello, no es extraño que fueran los poetas y visionarios románticos (cáncer del cosmopolita siglo XIX, el del sano sentido común) los primeros en atisbar el sentido de Europa como recomposición de constantes desgarramientos. Al respecto, quizá mi propia *impresión pensada* de un remoto confin de Sicilia pueda ayudar a ilustrar lo que ahora siento.

## 2. El contratiempo romántico

Cerca del mar se alza el Templo de Hera, en Agrigento (la sagrada Akragas de Empédocles). A una distancia suficiente como para dominar la sólida y a la vez aérea estructura de sus ruinas, cabe apreciar el juego sutil en que se entrelazan armónicamente columnas, vanos y paisaje. En esta bella proporción se da *mundo*. Pero si el peregrino se acerca a las cuatro

<sup>1</sup> R. M. Rilke, Duineser Elegien. X. [Werke. Insel. Frankfurt/M. 1982 (2); II, 482]: «Und wir, die ansteigendes Glück / denken, empfänden die Rührung, / die uns bestürzt, wenn ein Glückliches fällt».